

ban, simplemente, qué hacer para conseguir que el teatro español corresponda a lo que, día tras día, va pasando al articulado constitucional. ■ JOSE MONLEON.

Valencia: "Mort el gos, queda la rabia"

Valencia Cinema y Micalet siguen sirviendo a la cultura teatral de la ciudad con ejemplar denuedo.

En el Valencia Cinema acabo de ver "Cuentos de madrugada", nueva y libérrima versión del "Cuento para la hora de acostarse", de O'Casey, a cargo del CAS, Compañía de Actores Sevillanos. Curiosamente, este texto —que en Madrid montó, ya va para una década, Renzo Casali— había servido ya a otro grupo sevillano para indagar en las posibilidades estéticas de una forma teatral andaluza.

Paralelamente, en el Micalet, se presentaba un significativo y accidentado trabajo. Significa-

tivo, porque está planteado como un "collage" de los autores —individuales o colectivos— que alimentaron los espectáculos más críticos del teatro independiente valenciano. Son R. Sirera, J. L. Sirera, M. Molins, M. Cubedo, Colectivo Pluja, Colectivo PTV y Colectivo L'Entaulat. Y accidentado, porque su historia cuenta con un cúmulo de incidentes que van desde los obstáculos creados por la naturaleza política del espectáculo hasta la lesión sufrida por su actor y director, J. V. Cubedo, sustituido por su hermano en una semana.

Casi inútil decir que en los problemas políticos de "Mort el gos, queda la rabia" —"Muerto el perro, queda la rabia"— contó el desconcierto creado por el consejo de guerra a Els Joglars. El espectáculo es una crítica de la etapa anterior, y lo sucedido con "La torna" no sólo obligó al grupo a una prudente autocensura, sino a la previsible cautela de cuantos pudieran verse implicados en cualquier respuesta estatal. La lógica vinculación de los miembros de L'Entaulat a la Asamblea de Treballadors de la Cultura, de activo papel en las campañas

por la libertad de expresión, no hizo sino aumentar los recelos. En marzo, por las mismas fechas en que se abolía oficialmente la censura, el grupo recibía la comunicación de que el texto, presentado con anterioridad, había sido autorizado para mayores de dieciocho años, a la vez que trasladado al ministerio fiscal por si contenía materia de delito. Tras una serie de consultas, el grupo fue invitado a que él mismo suprimiera



aquellos fragmentos del texto más hirientes. Pese a hacerlo así, el día 7 de marzo, horas antes del estreno, Gobernación prohibió la representación de una de las historias —"Roda la Mola"— y exigió la supresión de un personaje de otra. La propia junta directiva del Micalet —siempre bajo la presión psicológica del tema de Els Joglars—, lógicamente, se asustó. Finalmente, tras asistir a un ensayo, aceptó las responsabilidades que pudieran derivarse, indemnizó a L'Entaulat por los días de retraso, y la obra se estrenó, exactamente, el 13 de abril, en el Micalet. Nueve días después, J. V. Cubedo sufría el accidente, al cambiar los decorados, sin beneficiarse, como desdichadamente sucede en estos grupos, de la Seguridad Social... El 27, sustituido el actor lesionado por su hermano, se reiniciaban las representaciones.

L'Entaulat, nacido de un taller teatral inmerso en el mundo de las fallas, se profesionalizó en 1977. En el programa de "Mort el gos, queda la rabia", se hace constar: "Cerrar una etapa. Hasta hace algunos años toda o gran parte de la producción artística del teatro independiente ha tenido un tema común. El montaje es una puerta que se cierra de ese pasadizo donde hay tantas puertas por cerrar. A partir de ahora continúa el mismo dragón, pero con distintas cabezas".

Quizá no sea el mismo dragón. Pero lo que sí es cierto es que, en muchos órdenes, la rabia queda... ■ J. M.

Se ha callado Enrique

Recientemente, en su pueblo natal de Alcalá de Guadaíra, murió Enrique de la Paula, hijo del que fue gran cantaor Joaquín el de la Paula. Heredero y excelente intérprete de una de las más puras formas de soleá, la que creó su padre y que ha venido llamándose hasta hoy Soleá de Alcalá, el cante de Enrique era hondo en el sentimiento y en la ejecución, subiendo suavemente en el tono hasta llegar a lo sublime para quebrar en el último tercio con un compás melódico que sobrecogía.

Enrique no quiso o no pudo nunca separarse de este trozo de tierra sevillana que lo vio nacer. Ahí, en la falda de la colina del castillo, un poco más arriba de donde vivió y murió otro excelente solearero de Alcalá, Manolito de María, al fondo de la calle Las Torres, Enrique vivió entre los suyos, los gitanos que se han apiñado desde años y se siguen apretando en esta ladera que bordea el Guadaíra. No han cambiado mucho las cosas para estas gentes, pese a los planes y a los desarrollos que hicieron de esta ciudad uno de los centros de descongestión industrial de Sevilla. De la crisis que hoy sigue sufriendo como nunca el pueblo andaluz, ha sido permanentemente depositario en grado máximo el núcleo gitano. La casa de Enrique, donde viven actualmente como pueden su mujer, María, su hijo, la mujer de éste y cuatro nietos de corta edad, situada frente a los mismos muros del castillo, no pasa de ser una reducida habitación partida en dos por un endeble tabique. Y esto desde hace unos años, después de haber pasado bastante tiempo en una choza próxima al lugar. El nombre de Camino de Joaquín el de

la Paula con que pomposamente se señala, tras pasar el arco, la cuesta que sube hasta el castillo, no dio para más. Enrique vivió y murió en la misma pobreza que su padre.

De este aluvión flamenco que segrega Andalucía, especialmente estas tierras del Bajo Guadalquivir, algunos han tenido la fuerza y el azar de la promoción profesional y pocos han sido los que han luchado por mantener dignamente una conciencia cantaora que exprese con rigor y firmeza lo que es capaz de hacer la intuición creadora del pueblo andaluz. La mayoría de los flamencos permanecen anónimamente vinculados a la expresión cantaora popular que va desde el grito desgarrador hasta el desenfado festero. Con conciencia o sin ella, éste grito y estos ritmos no pueden sustraerse de las circunstancias de vida de quienes los ejecutan. Y cuando a veces vemos esas circunstancias rodeadas de la más absoluta miseria, no podemos sentir entonces al oír el cante sino un desgarramiento interior que nos lleva hasta el estremecimiento.

La muerte de Enrique de la Paula y acaso su dura y mísera existencia, habrán pasado inadvertidas para la mayoría. Ante la inundación de modos, formas y comportamientos impuestos desde fuera, la expresión que surge desde lo más íntimo de esta tierra andaluza, fuerte en el grito y cadenciosa en la ironía, rica y espontánea como pocas formas musicales del pueblo llano de todos los lugares, las voces de los flamencos sin nombre, como la voz de Enrique, se van enterrando entre la indiferencia, la marginación o tal vez el olvido. ■ F. GARCÍA RAMÍREZ

DISCOS

Iceberg: Una cuestión de dirección

"En directe" (1) puede ser aceptado como un nuevo logro de Iceberg. Técnicamente es irreprochable y la música que contiene es brillante, bien interpretada y llena de "trempera". Pero eso no es novedad: cualquiera que haya visto al grupo catalán en un escenario puede atestiguar que suenan como pocos conjuntos de la Península y que en sus conciertos se calientan más allá de lo exigido

(1) Iceberg: En directe (CFE BS 32123, 1978).